

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

US

La Novela Semanal Cinematográfica



PROPAGANDA

La
incrédula

POR
Lina Basquette
Marie Prevost

50 cts.

Rosa Pascual

B. 14.11.30



BIBLIOTECA

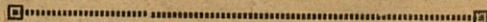
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



La increíble

(THE GODLESS GIRL, 1929)
Drama de tesis moral por

Jeanie Macpherson

Film realizado y dirigido por

Cecil B. de Mille

Interpretación de

*Lina Basquette, Marie Prevost, George
Durvea, Noah Beery, Eddie Quillan, etc.*



EXCLUSIVA DE

S. A. G. E.

Selecciones "JULIO-CÉSAR"

Aragón, 316

BARCELONA





La incrédula

Argumento de la película

Una Universidad no es siempre un templo augusto del Saber. En sus aulas vive fogosamente la juventud, y es ella tierra blanda donde germinan rápidamente las semillas de las ideas: saludables unas, perniciosas otras.

En dos grupos antagónicos se dividían los estudiantes de la Universidad de nuestra historia: los amantes de la Religión y los contrarios a ella. En el último, por inocencia, por falta de voluntad, militaba Laurita Harwood.

Esta muchachita de diez y seis años era la encargada por su grupo de depositar ho-

jas clandestinas en los armarios de todos los escolares.

La cabeza directora del grupo rebelde era Herminia Arley. Buena en el fondo, su temperamento exaltado y su imaginación propicia a la quimera, hacían de ella un apóstol de todo lo nuevo, de todo lo audaz.

Presidía las reuniones de su banda, en donde se discutía y se hacía trizas todo lo humano y lo divino. Los actos se celebraban en una casita que habían alquilado cercana al colegio y donde podían despotricar sin temer a nadie.

Un día, los profesores, advertidos por estudiantes que les mostraron unas hojas sediciosas donde estaban escritas estas palabras: “¡Estudiante, únete a nosotros! ¡Hay que destruir la Biblia! ¡El hombre es Dios!”, llegaron a la conclusión de que el espíritu de la irreligiosidad y del ateísmo iba minando el viejo edificio universitario.

—Esta blasfemia se está extendiendo como una plaga — dijo uno de los profesores—. Será una niñería... pero una niñería que hay que contener, porque es peligrosa.

—¡Voy a amonestar a los estudiantes inmediatamente!— exclamó el director,

Y se dirigió a una de las aulas donde estaban reunidos todos los escolares, preparados para dar lección.

El grupo de estudiantes sanos, no contaminado de ideas disolventes, tenía un jefe noble y enérgico: Roberto Fergusen. Muchacho fuerte, de ideas cristianas bien templadas, lamentaba aquella invasión de impiedad que era capitaneada por Herminia, hermosa mujer en quien el odio a lo religioso tenía resplandores de exaltación.

Jacobito Smith, otro escolar, pertenecía al grupo de Roberto, como hubiera podido pertenecer al de Herminia. Su cabeza era simplemente un adorno decorativo...

Roberto, desde su pupitre, contempló con marcado desdén a Herminia que muy cerca de él le miraba con ojos afectuosos. Aunque situados en campos enemigos, Herminia sentía por aquel mozo una dulce cordialidad. Le sonrió, pero él volvió bruscamente la cabeza.

Entonces Herminia cogió de su pupitre una de aquellas hojas clandestinas y en su dorso escribió estas palabras:

No seas grosero, Roberto. Puedes tú po-

ner por las nubes a la Biblia y yo tirarla por los suelos, y ser buenos amigos.

Herminia.

Lentamente dejó el papel sobre la mesita de su compañero. La lectura de aquellas líneas pareció amortiguar un poco la indignación de Roberto. Miró con ojos tristes a su compañera... ¡Lástima de muchacha!... Tenía un buen corazón, una clara inteligencia... y, sin embargo, se dejaba dominar por indigestas y odiosas teorías. Pero al volver el papel y ver el escrito subversivo del adverso, la indignación volvió a brillar en sus ojos.

De repente entró el director. Subió al estrado y mostrando una de las hojas en las que se anatematizaba la Biblia, pronunció una vibrante arenga censurando el proceder de los malos escolares.

—¡Todos los estudiantes que tengan ejemplares de estos pasquines, que me los entreguen inmediatamente!—gritó.

Y los que pertenecían al bando católico, fueron a devolverlos. Roberto se levantó,

mas se detuvo al sentir sobre él una mirada suplicante y dulce de Herminia.

—¿No hay ninguno más?—dijo el director.

Roberto vacilaba. Su conciencia le obligaba a devolver en el acto aquel papel que le quemaba las manos... Pero los grandes y rasgados ojos de Herminia le contemplaban con piedad... No, por favor... La nota escrita por ella en que decía iba a echar la Biblia por los suelos, sería la causa de su expulsión del colegio, si Roberto entregaba la hoja al director.

El jefe del partido católico lo comprendió así. Aquella criatura equivocada, le inspiraba, a pesar de todo, la simpatía que causa una muchachita traviesa, y no quiso que sufriera daño. Volvió a sentarse y destruyó con disimulo el papel.

Herminia suspiró con alegría... ¡Gracias, Roberto, gracias!... Aunque en campo contrario, era un buen camarada para quien el culto del compañerismo no era mito fácil de olvidar... ¡Gracias, Roberto!

El director prosiguió:

—Ahora vamos a realizar las investigaciones necesarias para descubrir a los auto-

res de estos pasquines... Según la ley de nuestro Estado, los estudiantes responsables de este ultraje a la religión serán encarcelados.

Por el alma de muchos escolares pasó un escalofrío de terror.

Pero Roberto era la nobleza personificada. Se puso en pie y dijo:

—En mi calidad de presidente del grupo más numeroso de estudiantes, pido al señor director que se nos permita a nosotros mismos arreglar este asunto.

Después de consultarlo con el profesorado, el director respondió:

—¡Conformes! ¡Arréglenlo ustedes mismos!... ¡Pero, sobre todo, nada de violencias! Y ahora que continúe la clase.

Prosiguió ésta, apenas sin atención, pues los dos bandos se contemplaban con recelo, comprendiendo que la lucha iba a ser dura y peligrosa.

A pesar de ello, Herminia le estaba agradecida al jefe rival por haber substraído el asunto de manos del profesorado... Siempre era preferible que la cosa tuviese un carácter exclusivamente escolar...

Cuando acabó la clase, Herminia y sus

amigos se reunieron en el patio, mientras Roberto y sus camaradas estudiaban la manera de dar el merecido castigo a los innovadores que querían romper las leyes eternas de Dios.

* * *

Aquel anochecer, en el pisito que tenían clandestinamente alquilado, los partidarios de Herminia celebraban una de sus reuniones.

Jacobito se había dejado convencer por Herminia para que asistiera a la sesión.

Nadie les iba a interrumpir. El profesorado ignoraba por completo que tuviesen aquel piso.

En el estrado, Herminia Arley dirigía inflamadas frases a su auditorio... Colgado del testero, se hallaba un gran cartel de tela simbolizando el hundimiento de la Religión.

Cerca de Herminia se hallaba un mono, un pobre animal que presenciaba asustado el griterío juvenil.

—Vengan todos a tomar un programa de manos de “Koko”—decía Herminia—. No desconfíen de él... es pariente nuestro.

Y riendo, los alborotados muchachos re-

cogían el programa sedicioso que la pata del mono les entregaba.

Entretanto, el bando de Roberto había logrado saber que sus enemigos celebraban una importante reunión.

Y hacia aquella casa se dirigieron, provistos de cestas de huevos, de cajas de verduras, de sacos de patatas, de toda clase de proyectiles más o menos inofensivos.

—¡Cuidad de taparos las narices cuando tiréis los huevos! —decía Roberto—. ¡Son de las gallinas de Abraham!

Y avanzaron cautelosamente por la escalera de la casa con el entusiasmo de la próxima victoria que creían segura.

Ajenos a lo que sucedía, los rebeldes estaban pendientes de las palabras de Herminia.

Esta había hecho subir al estrado a Jacobito y le colocaba una medalla de aso-ciado en el pecho.

—¡Compañeros!—dijo—. El señor Jacobito Smith va a prestar juramento de fidelidad a nuestra causa...

Y mirando severamente al nuevo miembro, agregó:

—Jure usted, Jacobito; jure usted sobre la cabeza de su *abuelo*.

Pero Jacobito, que no era tan tonto como parecía, protestó contra aquellas frases:

—No hay que molestar a la familia—dijo—. ¿Quién le ha dicho a usted que mi abuelo era un mico?

—La ciencia, infeliz.

—Pues yo no creo eso... Y no quiero que se injurie mi apellido.

Y devolviendo la medalla, se encaminó hacia la puerta rechazando a algunos brazos altaneros que pretendían castigarle por su gesto.

Furioso, salió del local, arrepintiéndose de haber dado oídas a las palabras de Herminia. Y al aparecer en el corredor, contempló con espanto a Roberto y su banda que subían con toda parsimonia.

Quiso decir algo, pero a una indicación de Roberto, varios estudiantes cogieron a Jacobito y lo apartaron para que no estorbaba.

Roberto avanzó decididamente hacia la puerta del piso y la abrió de par en par.

Cogió un huevo de uno de los cestos, y como primera salutación, lanzó uno de los

blandos proyectiles contra el cartel subversivo.

Todos los rebeldes se levantaron al ver al bando enemigo parapetarse ante la puerta...

Herminia, pálida de furor, dijo, temblorosa:

—¡Muy bien! La invasión de los bárbaros va a tener una segunda parte.

—Tú y tu banda vais a salir de aquí por la puerta, si no queréis hacerlo por una ventana—gritó Roberto.

—¡Esta casa la pagamos nosotros y nadie puede obligarnos a salir de ella!

Roberto fué avanzando sonriente y, señalando el reloj de pulsera, dijo a uno de los escolares:

—¡Disponéis de un minuto para desalojar el local!

—Dentro de un minuto sabrás tú cómo recibimos aquí a los intrusos.

—¡Fuera, he dicho!

—Venís con ganas de pelea, ¿verdad?... Pues por nosotros que no quede—gritó Herminia.

Y a una orden suya, uno de los escolares

se lanzó contra Roberto, y ésta fué la señal de la tremenda lucha.

Los estudiantes del bando católico se arrojaron como fieras contra sus enemigos en una pelea ruda, salvaje, pero que tenía



—¡Disponéis de un minuto para desalojar el local!

por armas por ambas partes la vigorosa nobleza de la juventud.

Jóvenes y muchachas se acometían con la energía y la convicción que les daban sus respectivos ideales.

Roberto luchaba bravamente contra una porción de escolares adversarios que querían tener el honor de aplastarle... Herminia, por su parte, combatía contra varias muchachas.

Jacobito Smith había entrado en el local, y junto a una pared contemplaba horrorizado el espectáculo, sorteando difícilmente los proyectiles que caían con alarmante regularidad.

Unos estudiantes habían conseguido arrojar al suelo a Roberto y le increpaban:

—¿Qué dices ahora, salvaje? ¿Te creías que ibas a ser como César: llegar y vencer?

Pero Roberto con un nuevo acopio de energías consiguió librarse de aquel peso, y levantándose corrió a apoderarse del gran cartel donde se hacía la apología del ateísmo.

Cuando ya lo tenía entre sus manos, Herminia avanzó furiosa hacia él y enarbolando una silla la descargó contra su enemigo, consiguiendo aturdirle momentáneamente y quitarle el cartel de tela que ella tremoló como una bandera.

La lucha prosiguió encarnizada durante

largo rato. Los católicos vencían consiguiendo expulsar del local al bando ateo.

Se hallaban ya todos en la escalera, for-



... tremoló como una bandera.

mando desde el cuarto piso a la portería un terrible espectáculo de pelea...

Seguía Herminia tremolando su bandera maltrecha, defendiéndose como una leona contra sus adversarios.

—¡Conserva tu bandera, consévala bien!

—le gritó Roberto que ya había vuelto en sí—. Pronto la necesitarás para vendas.

El griterío era ensordecedor. Cada pelea era un sitio de combate. Los católicos seguían empujando a los ateos, mientras éstos hacían acopio de energías para reconquistar de nuevo el terreno perdido.

El portero de la casa, horrorizado por el inesperado conflicto, telefoneó inmediatamente a la comisaría.

—¡Pronto... pronto!... Policía... un motín... de estudiantes...

Durante diez minutos más siguiéronse repartiendo palos y golpes a granel. La ingenua Laurita, junto a la baranda del último piso, luchaba denodadamente, debiendo resistir también el empuje de los demás escolares exaltados.

De pronto, la jovencita dió un grito de horror.

—¡Cuidado, cuidado, que se rompe la baranda!

Algunos de los barrotes caían ya, y Laurita hacía grandes esfuerzos para apartarse de aquel lugar de peligro.

Jacobito Smith había querido escapar, pero unos rebeldes que querían vengar su de-

fección, lo cogieron brutalmente y lo lanzaron de modo inconsciente contra la barandilla.

Vino Jacobito a caer sobre Laurita y ésta, perdido el equilibrio, chocó a su vez contra la baranda que al impulso de su peso se rompió, lanzando al vacío a la pobre joven.

Se escuchó un ¡ay! terrible, unánime, escalofriante... Oyóse el terrible golpe del cuerpo de Laurita contra el suelo, donde había caído desde la altura del quinto piso...

Se asomaron todos a contemplar la terrible escena... Allá, junto a la portería, sobre un charco de sangre, yacía la más joven de las compañeras.

Como por ensalmo cesó la lucha y todos los escolares corrieron escaleras abajo para ir a prestar auxilio a la compañera.

En aquel instante, una voz asustada dió otro grito:

—¡Está ahí la policía! ¡Sálvese el que pueda!

Y poseídos de un pánico atroz, los escolares volvieron a subir la escalera, perseguidos esta vez por los guardias.

Pero Herminia, abriéndose paso contra la corriente, quiso ir a prestar socorro a Laurita. También Roberto, que nunca había supuesto que la lucha hubiera podido tener tal carácter dramático, bajó rápidamente la escalera.

Herminia y Roberto quisieron acercarse a la pobre Laurita, pero unos guardias les impidieron el paso... Acercóse otro policía y dijo a sus compañeros:

—Esa muchacha se está muriendo... Voy a llamar una ambulancia.

—¡Por favor!... Es mi mejor amiga! ¡Déjenme ir a su lado!—dijo Herminia.

La policía le dejó el paso libre, mientras sin moverse de su sitio, Roberto contemplaba tristemente el fin de aquella muchachita inocente.

Herminia, con ardientes lágrimas acarició a su desdichada amiga.

—¡Laurita... Laurita! —decía abrazándola.

La joven la miró con angustiosa inquietud y dijo con una voz entrecortada y débil:

—Me siento morir, Herminia.

—¡No... no temas!... Te pondrás bien...

—¡Me ahogo... me muero!... Herminia...

dime que estás equivocada... dime que hay Dios... que hay algo *más allá*...—continuó mirándola con la lividez del terror.

—¡Pobre Laurita!



—¡No... no temas! Te pondrás bien...

—Herminia... esto no puede ser el fin... Tengo miedo... me siento muy sola...

Pero Herminia lloraba por no saber decirle una de aquellas frases de esperanza que sólo puede dar la religión...

Acercóse uno de los policías, y conmovi-

do ante las súplicas de aquella pobre mujer, le dijo:

—¡No tenga miedo, pequeña!... Hay Dios... un Dios bueno... Allá arriba está esperándola con los brazos abiertos...



—Tengo miedo... me siento muy sola...

Las facciones afiladas ya de la moribunda parecieron animarse con un último soplo de vida... Sus labios tuvieron una conmovedora sonrisa de paz.

—Herminia... es verdad... Hay algo más... *Yo lo veo... yo lo veo...*

Y con los ojos fijos en un punto lejano, como si allá viera el resplandor de una cruz, fué inclinando lentamente la cabeza hasta morir...

Herminia dejó el cadáver de su compañera y se echó a llorar desesperadamente.

A pocos pasos, Roberto lloraba también...

Entretanto, algunos guardias interrogaban en lo alto de la escalera a varios escolares.

Un grupo de los rebeldes acusó al pobre Jacobito Smith de lo sucedido .

—Fué él quien la empujó... fué él.

—¿Yo? No, señor, yo... no—contestó el muchacho sin saber defenderse.

—¡Ah, buena pieza!—le dijo uno de los guardias—. Ya responderás ante la justicia de todo eso.

Y allá abajo, Herminia avanzó hacia Roberto y con todo el rencor y el odio de su alma, le gritó:

—Tú tienes la culpa, tú... ¡La has matado... a ella... la más buena de todas!

—Ha sido la fatalidad, Herminia, la fatalidad... ¿Cómo iba yo a suponer?

—¡Infame!... ¡Criminal!...

—No pierdan el tiempo hablando—les gritó un policía—. Esto es un homicidio por imprudencia, y lo pagarán ustedes con una temporada “a la sombra”.

Y a una orden del jefe de policía, los estudiantes fueron llevados a la delegación para dilucidar responsabilidades y conocer el origen del trágico motín que tan amargas consecuencias había tenido.

¡Una niña muerta, un escándalo en toda la ciudad, en toda la nación! Los principales autores merecían un severo castigo.

* * *

La justicia falló pocos días después. Tres fueron los condenados a ir a un Reformatorio... Roberto, como jefe organizador del motín, Jacobito, al que se atribuía la culpabilidad de haber empujado a Laurita, y Herminia Arley, capitana del grupo rebelde... Los demás escolares serían castigados en la propia Universidad con pérdidas de todo puesto de honor.

Y el Reformatorio abrió sus puertas... Tras ellas, entre hierros y alambres espinosos, la juventud tenía la rebeldía de un potro encadenado.

El Reformatorio era una prisión donde reinaba el más implacable de los rigores.

Los pabellones de la parte izquierda estaban destinados a los hombres; los de la derecha a las mujeres... Ambos separados por una altísima alambrada.

Desde que se entraba en el patio hasta la última de las salas del correccional, sólo se leía este letrero, repetido con una profusión alarmante: "Silencio", "Silencio".

Carceleros con el fusil siempre al hombro, vigilaban que nadie escapase del penal.

A aquella casa de dolor, fué a parar Herminia Arley. Al entrar, tras haberle tomado las huellas digitales, fué obligada a sentarse para que le arreglaran el cabello.

Estaba en un cuarto grande, destartado, donde hacía mucho frío.

Herminia contemplaba con indiferencia aquel nuevo régimen de vida a la que había sido condenada por un año. ¡Ah! ¡Cuánto tardaría en pasar aquel tiempo!

Una reclusa se cuidó de arreglarle el cabello. Era Flora Higga, una bonita mucha-

cha rubia que, habituada a la vida del Reformatorio, se encontraba en él como en su casa.

—Recórteme el cabello solamente por detrás... pero no mucho—le dijo Herminia como si se encontrase en una peluquería elegante.

Pero Flora se echó a reír y contestó:

—Ahorre palabras, pequeña... Ya le dejaré un espejo para que se mire después de la "operación".

Y sin darle más explicaciones, comenzó a cortarle los hermosos rizos, motivando las más enérgicas protestas de Herminia.

Una encargada se llegó hacia ella y le gritó con furor mal contenido:

—¡Silencio! ¡Aquí se corta el pelo a las reclusas! ¡Y cada palabra que pronuncie usted será un día más que añadir a la sentencia!

Enmudeció Herminia, sintiendo una inmensa tortura interior. ¡Qué horribles días la esperaban! Y resignada vió cómo iban cayendo aquellos largos y hermosos rizos que eran antes su mejor adorno.

Después de realizada esta operación, Flo-

ra, que hacía con la indiferencia de la costumbre esos menesteres, le dijo:

—¡Venga conmigo!... Voy a darle los elementos para hacerse la "toilette".

Contemplóse Herminia en un espejo y casi se echó a llorar al ver que habían desaparecido los rizos de su cabello.

¡Qué infamia! ¡Qué régimen tan criminal!

Fueron al vestuario, y allí Flora le fué entregando los vestidos burdos y la ropa interior de tosca lana que debía llevar en lo sucesivo.

—Pero, ¿qué quiere usted que haga yo con esto?—protestó Herminia, avezada a la finura de la seda.

—Meter el cuerpo dentro... Aquí las combinaciones de encaje de Chantilly no tienen aceptación.

La pobre tuvo que vestirse aquellas infames ropas de uniforme y dejar su lindo calzado por unos zapatos groseros en cuya suela había unos cortes de extraño contorno.

—Y eso, ¿qué significa?—preguntó.

—Es para que nadie pueda escaparse...

Esos cortes dejan unas huellas que hasta un ciego puede ver.

—¡Dios mío!...

—¡Bah! No te preocupes demasiado.

Herminia, tristemente, acabó de vestirse el uniforme.

Y entretanto, allá en el departamento de hombres, Roberto Fergusson y Jacobito Smith acababan de ingresar también en el número de reclusos.

Roberto, preocupado y triste, lamentaba su dolorosa situación, no así Jacobito, que con la despreocupación de las cabezas sin demasiado tino, sonreía por la novedad de verse en aquel Reformatorio que creía iba a ser una continuación de la Universidad.

Saludó afectuosamente a uno de los carceleros, pero éste, furioso, le señaló el letrero de: "Silencio", norma que regía todos los actos de la casa.

Les tomaron las huellas digitales, y después, resignadamente Roberto, a la viva fuerza Jacobito, les cortaron a rape una pequeña parte de cabello, formando una gran entrada sobre la frente...

—¡No te asustes! — le dijo uno de los reclusos que hacía las veces de peluque-

ro—. No es más que la marca de la casa.

Más tarde, fueron llevados al guardarropa y allí les cambiaron sus trajes de calle por uniformes de estambre. Los pantalones tenían un largo galón amarillo.

Roberto preguntó qué significaba el adorno y le respondieron:

—Sirven para blanco esos galones... ¡Así pueden dispararte mejor si te escapas!

Jacobito quiso quitarse aquella prenda, pero un carcelero le gritó siniestramente:

—¡Póngase los pantalones, imbécil!

Y aquella cabeza de chorlito obedeció, pensando que no iba a ser tan agradable, como creyó al principio, el internado.

Les enseñaron a continuación el lugar que debían ocupar en el dormitorio, los dos incómodos camastros sobre los que habrían de reposar tantas noches.

Habiendo sonado un toque de corneta, les obligaron a ir al patio donde estaban ya formados todos los reclusos... Les mostraron el sitio que debían ostentar siempre en la formación que se realizaba dos veces al día para pasar lista.

A la par que ellos, en la otra parte de la alambrada, las reclusas estaban también en

dos largas filas para la reglamentaria lista.

Herminia y Flora habían salido juntas. La primera comentó su sorpresa al ver a las demás reclusas:

—¡Es curioso!—dijo—. Todas iguales... ¡Parecen ejemplares de un mismo modelo!

—Tres años de portarme como los propios ángeles me ha costado diferenciarme de las demás—dijo Flora riendo, mostrando un brazal que llevaba sobre la manga izquierda y donde campeaba la palabra “honor”.

Una de las encargadas obligó a Herminia a ponerse en la cola de la fila, y todas las reclusas comenzaron a marcar el paso.

Al mismo tiempo los hombres desfilaban como soldados de un ejército de tristeza.

De pronto, a través de la empalizada de alambre, Herminia y Roberto se vieron simultáneamente. Se miraron con cierta emoción, e insensiblemente, sus pies avanzaron en dirección a la valla central, separándose del resto de sus compañeros.

No pudieron avanzar demasiado, pues Flora obligó a Herminia a seguirla y no perder la formación, mientras uno de los encargados cogía por un brazo a Roberto

y de una manera brutal lo llevaba a su respectiva hilera.

El pobre Jacobito no acertaba a efectuar bien aquellos ejercicios monótonos.

Iba a la cola, y distraídamente en vez de seguir a sus camaradas, comenzó a avanzar y a marcar el paso en dirección inversa. Pero se sintió cogido por una garra feroz, por una mano velluda que le apretaba la garganta.

—¡Vuelve a tu puesto... si no quieres que te tumbe a palos!

Horrorizado, Jacobito echó a correr, volviendo al lado de sus compañeros y con la impresión que le había causado aquel hombre terrible que le había amenazado.

Se trataba de Bern, el jefe de los carceleros, una de las figuras más odiosas del Reformatorio... Tenía la fuerza de un toro, la inteligencia de un carnero, las intenciones de una hiena... ¡Un verdadero criminal!

Los reclusos, después de pasar lista, volvieron a la celda a trabajar en las duras faenas materiales que les estaban encomendadas. Y como Herminia en su sección, Jacobo y Roberto conocieron la tragedia de la penitenciaría, el dolor cruel de verse pri-

vados de libertad, la tiranía del presidio, la muerte civil de tantos hombres que tan maravillosamente ha sabido describir la pluma de un ilustre novelista español.

* * *

Notas metálicas de timbres o de cornetas. Para comer, para beber, para dormir... La vida, los movimientos todos, regidos por un antipático ritmo cuartelario.

A las cinco en punto de la mañana, la encargada de las mujeres comenzó a hacer voltear una campana para que despertasen y se vistiesen velozmente las reclusas.

No cesaba de tocar con una nerviosidad opresora. La prisa era cruel. Tras un corto descanso que no bastaba para el reposo del cuerpo, venía la nueva obligación, el nuevo día trayendo otra vez penosas horas de trabajo.

Flora y Herminia parecían haber simpatizado... La primera era una buena muchacha que se sentía bien arrepentida de su triste vida anterior que la llevó por varios años al Reformatorio.

Mientras se acababa de arreglar, dijo a Herminia, mostrándole una Biblia abierta:

—La encargada debería leer estas líneas: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Herminia rechazó el libro.

—¡Déjate de Biblias!... “Palabras, palabras”, que dijo Hamlet.

—¿Acaso eres tan buena, que no puedes ser mejor después de leer esto?

—No quiero monsergas.

Y cogiendo brutalmente el libro sagrado, lo echó al aire viniendo a caer a pocos pasos de la encargada.

—¡Recoge la Biblia!—dijo Flora, indignada—. ¡Si no lo haces por temor a Dios, hazlo por temor al castigo!

—¡No quiero! ¡No creo en ella!

—¡Te lo ordeno!

Ambas muchachas fueron a cogerse por los cabellos, pero la presencia de la encargada, que acababa de recoger el libro, las contuvo.

—¿Quién tiró el libro al suelo?

Herminia fué a confesar la verdad, pero Flora, deseosa de que no castigaran a su compañera, se apresuró a decir:

—Se me cayó a mí, señora...

Herminia la miró sorprendida y no queriendo que su amiga cargara con culpas

que no le pertenecían, se apresuró a rectificar:

—No se le cayó a ella... Lo tiré yo... ¡a propósito!

—¡Ah!—dijo la encargada—. ¿Ha mentido usted para proteger a su compañera?

—Señora...

—Deme el brazal de honor... Desde ahora será otra reclusa como las demás. ¡Y hoy, como castigo, trabajarán las dos en la sección de Desperdicios!

Marchó la encargada, y Herminia, emocionada por la actitud de su compañera, le dijo bondadosamente:

—Casi me haces creer en las palabras de este libro, Flora... al ver lo buena que eres...

—El nos enseña sacrificarnos por nuestros hermanos—contestó Flora.

Y las dos muchachas se dirigieron, unidas ya por una estrecha amistad, a cargar los desperdicios para las bestias del establo.

Entretanto, en el departamento de hombres, todo se hacía bajo la implacable voz de mando.

Los reclusos se hallaban en fila ante un

inmenso lavabo donde había más de cincuenta grifos.

A una orden de Bern, los presos se lavaron de modo maquinal y automático su rostro.



—Deme el brazal de honor...

—¡Lávense! ¡La cara!

Y los rostros se enjabonaban con rapidez.

—¡Las orejas! ¡El cuello!

Y todo así, con un golpeteo metálico.

Roberto y Jacobito se lavaban, atemorizados por aquella voz cortante como un cu-

chillo. Roberto, olvidándose en un instante de que se encontraba en el Reformatorio, lanzó un chorro de agua a la cara de su amigo, pero con tan mal acierto, que vino a dar en el rostro del jefe de los carceleros.

La indignación de Bern estalló furiosa.

—¿Quién hizo eso?—rugió.

Uno de los reclusos en cuyos brazos había la cinta de honor, ganada a copia de soplos y traiciones a sus camaradas, le señaló a Roberto.

—¿Conque te gusta jugar con el agua, pillastre?—increpó Bern al antiguo universitario—. ¡Pues vas a tener agua hasta que te hartes!

Y zarandeándole brutalmente, arrojó a Roberto contra la pared, y cogiendo una manguera comenzó a aplicarle el cortante y violentísimo chorro.

Fué un suplicio atroz, cruel, ante los reclusos, aterrados por el castigo... La furia del agua rasgaba las carnes del mozo, como puñales... Jacobito, en un acceso de indignación, quiso lanzarse contra Bern arrebatándole la manga, pero el carcelero le apartó brutalmente a un rincón y continuó su castigo.

—¿Te arrepientes de lo que has hecho? ¿Pides perdón?—le gritó parando el agua.

—Antes que pedirle perdón a usted, me dejo arrancar la piel a tiras—contestó Roberto con valentía.

—¡Miserable!

Y volvió a aplicarle el fuerte chorro durante largo rato. Después cogió a Roberto y a patadas lo echó del lavabo.

—¡Largo de aquí ahora! — le gritó—. ¡Hoy trabajarás en la Sección de Desperdicios! Y tú, también, imbécil—agregó yendo al encuentro de Jacobito.

Una hora después, los dos amigos, arrastrando pesados carritos, caminaban por el patio en dirección al establo. Y en la otra parte de la alambrada, Herminia y Flora, llevando enormes cubos con los que difícilmente podían avanzar, cumplían igualmente su castigo.

Roberto vio a aquella muchachita que con él había convivido en la Universidad.

Su presencia le emocionó profundamente y olvidando que se trataba de una enemiga, no vio en ella más que la antigua compañera de estudios.

Avanzó sonriente hacia la alambrada con

ánimo de hablar a aquella niña, a quien la fatalidad había llevado allí.

Pero Herminia, severa y fría, le dijo en son de protesta:

—¡Ríete aún! ¡Por tu culpa estamos los dos aquí!

—Pero, Herminia... Tú no sabes... ¿Qué no daría yo para que tú no sufrieras?

—No quiero oírte.

Y prosiguió su camino, alejándose de la cerca, mientras Roberto, que hubiera deseado aquella comunicación espiritual con su compañera, seguía también, melancólico, su ruta.

Entretanto, Jacobito la había emprendido a través de la valla con Flora a la que saludó prodigándole algunas frases galantes. Pero ella, riendo y sin hacerle caso, le dijo:

—¡Cúbrase el pollo!... ¡Entre los desperdicios, he visto cabezas más aceptables!

Las dos muchachas llegaron momentos después a la cerca del establo... Allí estaban los numerosos cerdos que llenaban el aire de repugnante hedor.

Herminia y Flora comenzaron a vaciar sus cubos en la pocilga, procurando evitar

que sus manos se mancharan... Especialmente Herminia, para quien el culto a las manos había tenido siempre delicadas preferencias, mostraba una profunda repulsión.

Tras la alambrada, Roberto se fijó en el trabajo de las mujeres y sacándose los guantes que él llevaba y que había podido conservar de la requisa, los echó a los pies de Herminia para que se los calzara evitando de este modo que se ensuciasen sus pálidas manos.

Pero Herminia hizo un gesto de desdén y pisó uno de los guantes que había caído junto a ella, mientras el otro iba a parar a poca distancia de allí.

—¿Sabes que recibes las galanterías con la amabilidad de un puerco-espín? — dijo Flora.

—No me interesan los regalos de ese hombre.

Flora recogió uno de los guantes y calzándose lo gentilmente avanzó hacia la cerca y dijo a Roberto:

—¿Son acaso mis manos las que le interesan a usted que no se ensucien?

—Si quiere usted el guante, guárdese lo,

rubita... como recuerdo—contestó el joven, tristemente.

—Muchas gracias, galán...

Y los dos conversaron brevemente hasta que Herminia, recogiendo el otro guante caído, avanzó hacia la alambrada, mirando con menos dureza a Roberto. En su alma parecía iniciarse un sentimiento de compasión hacia el compañero que también sufría como ella.

Flora se alejó al ver como Herminia y Roberto se miraban con ingenua bondad.

—No me guardes rencor, Herminia... Quería llevarte al Cielo, pero sin querer te he traído al Infierno...—dijo él.

La joven suspiró fuertemente, y luego, con una gravedad extraña en ella, respondió:

—No te guardo rencor... Todas las noches pienso en aquella pobre niña que murió en mis brazos... Y ese recuerdo me va enseñando muchas cosas...

Hablaron durante varios minutos. Sus manos se acariciaban por entre la alambrada.

No se habían dado cuenta de que cerca

de allí había un letrero con estas palabras amenazadoras:

¡Fuera las manos! Alambrada eléctrica.

Pero Bern, el jefe de carceleros, vigilaba siempre. Tenía terminantemente prohibido que se hablasen los presos de ambos sexos, y al ver a Roberto de palique con una de las reclusas sonrió de modo criminal.

Entró rápidamente en un cuartito e hizo accionar una llave. Inmediatamente se estableció por todo el alambrado un fuerte contacto eléctrico y Roberto y Herminia dieron un terrible grito al sentir sobre sus manos la quemazón de la terrible descarga.

Durante unos momentos estuvieron retorciéndose desesperadamente, sin poder despegar las manos de la cerca, hasta que con poderoso esfuerzo, consiguieron apartarse de los dolorosos chispazos.

Roberto se quejaba amargamente, mientras Herminia lloraba al ver sus manos llagadas en misteriosa forma de cruz, producida por los entrecruzados alambres.

Bern se presentó, ufano por su gesto...

—¡Criminal!—rugió Roberto.

—Es usted un... un...—dijo Jacobito que

había presenciado, horrorizado, el suceso.

Pero el odioso carcelero cogió a Jacobito y lo echó en la pocilga de los cerdos... Después zarandeó a Roberto y le dijo con toda la ferocidad de su alma:

—¡Desde ahora en adelante, Don Juan, hará usted el amor en el calabozo, a pan y agua!

Dió una orden y varios reclusos cogieron a Roberto y lo arrastraron hacia la prisión...

Mientras marchaba, él se volvió repetidas veces para ver a Herminia que lloraba por el dolor propio y el ajeno...

El sufrimiento borraba entre los dos la distancia de las ideas.

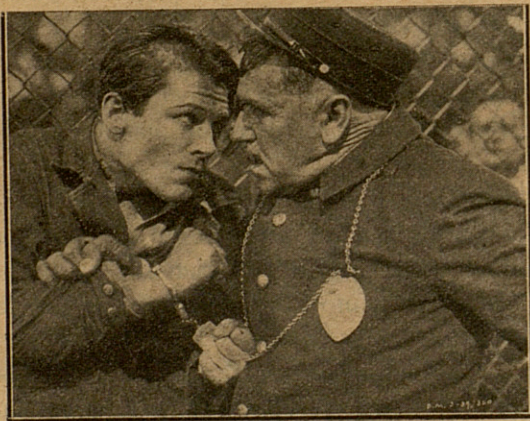
—¡No hagas caso, Herminia, no hagas caso! —clamaba él mientras le arrastraban—. ¡Yo te sacaré de este infierno... yo te sacaré!

* * *

Un agujero de piedra; días de hambre y de soledad... La mejor preparación para matar en un alma la bondad y sustituirla por el odio... Roberto había sido encerrado en uno de los calabozos del subterráneo...

¿Hasta cuándo, hasta cuándo iba a permanecer allí?

Un día su amigo Jacobito fué el encargado de darle la ración de pan y agua a través del pequeño rectángulo de la puerta.



—... *hará usted el amor en el calabozo...*

Jacobito le dió doble ración, compadecido de la situación de su camarada.

Al oír su voz, Roberto le preguntó con febril alegría:

—¿Qué le han hecho a Herminia?

—La han puesto a trabajar en la carnicería de las muchachas.

—¿Sabes hasta cuándo durará mi encierro?



... *le dió doble ración....*

—No sé, pobre amigo...

Jacobito desapareció prestamente al oír pasos... Poco después se presentaba Bern con su eterna sonrisa feroz. Acercóse a la

mirilla y contempló a Roberto, quien al verle le llenó de insultos.

—¡Ah, injurias! ¡Te voy a cortar la lengua, desalmado!

Y buscó la llave para abrir la puerta del calabozo. Pero Roberto se puso de pie sobre el camastro, y cuando Bern penetró en la madriguera para castigarle, se lanzó como una tromba sobre su carcelero, le propinó varios formidables puñetazos y echándolo a un rincón, escapó velozmente después de cerrar por fuera la puerta.

¡Libre, libre al fin! Con toda cautela subió las escaleras y marchó al patio... Ocultándose detrás de unos maderos, vió un carro lleno de provisiones. Junto a él estaban hablando un carcelero y uno de los reclusos que llevaba el brazal de honor.

—Entregue usted todas las provisiones en la Carnicería de las muchachas—decía el primero.

El guardián desapareció, y el recluso se dispuso a saltar al pescante. Pero Roberto se arrojó sobre él, sin que nadie le viera y sin darle tiempo siquiera para abrir la boca.

Amordazándole brutalmente, lo arrastró

hacia un rincón y atándole con unas cuerdas que había en el suelo y después de ponerle un pañuelo en la boca, le ocultó entre un montón de neumáticos que allí se hallaban.

Luego saltó al pescante y tapándose todo lo que pudo con una manta, marchó en el carromato hacia la Carnicería de las reclusas, que estaba situado en el más distante de los pabellones femeninos.

Los guardias no presenciaron nada anormal y le dejaron el paso libre. Y Roberto, loco de dicha, salió del departamento de los presos para ir a la carnicería. ¡Oh, si pudiera escaparse con Herminia!

En la carnicería trabajaban, bajo la severa mirada de una encargada, más de una docena de chicas, entre ellas Herminia y Flora.

Herminia con resignación cortaba la carne, mientras Flora procuraba pasárselo lo mejor posible.

Se había colocado alrededor del cuello una larga ristra de chorizos a modo de collar y decía a Herminia con coquetería:

—¿Qué te parezco? ¿No se nota que he nacido para gran señora?

—¡Tú siempre de buen humor!

El carro de las provisiones estaba ante la puerta... A una orden de la encargada, salieron cuatro reclusas, entre ellas Flora, para ir a descargar los sacos y cajas de mercancías.

Desde el carro, Roberto contemplaba con atención a las presas deseando ver aparecer a Herminia.

Esta no salió, pero, en cambio, Flora acercóse al carro.

—¿No se acuerda de mí?—le dijo Roberto.

—¡Sí... sí!... ¿Cómo ha venido usted? ¿Le han dado el brazal de honor?

—No grite... Estoy aquí... ¡porque vamos a escaparnos!

—¿De veras?... Mucho más de lo que yo me hubiera atrevido a soñar. ¡Qué alegría!

—Dígaselo a Herminia, y usted, entre tanto, procure distraer a la encargada.

—¡Ah! ¿Herminia?... Entonces, ¿es con Herminia con quien va usted a fugarse?—dijo con desilusión.

—Sí... sí...

Otra de las presas que aguardaba turno exclamó:

—A ver si termina el “flirt”, chiquita... que yo me aburro de esperar.

Flora cargó con una saca de azúcar y entró en la carnicería. Por un momento había sufrido su corazón al ver que no era ella la elegida para la huída, pero pronto reaccionó en favor de su compañera.

Comunicó a ésta lo que estaba pasando.

—... y me ha dicho que quiere escaparse contigo.

—¿De veras? ¡Dios mío!... ¿Qué he de hacer?... Voy a verle... Pero no... ¿qué me aconsejas tú?

—Si te falta prudencia, lo echarás todo a rodar... Ven a ayudarme a descargar el carro, y entonces...

Salieron las dos, acercándose al carro. Roberto miró a Herminia con infinito cariño... Luego poniendo sobre los hombros de Flora una caja de huevos, le dijo:

—Ahora es cuando hace falta distraer a la encargada... Sólo en usted confiamos... Procure llamar hacia usted la atención...

Flora, dispuesta a sacrificarse por su amiga, exclamó:

—¡Ya veréis lo que hago para que os po-

dáis fugar!... Y hasta la vista, muchachos... si nos volvemos a ver algún día.

Avanzó tranquilamente hacia la puerta y, de pronto, simuló tropezar, derribando al suelo la caja de huevos. Más de veinte docenas de huevos se desparramaron por tierra... ¡Un horror!

La encargada y las reclusas rodearon a Flora comentando espantadas lo ocurrido.

Herminia aprovechó la distracción para saltar al carro. Roberto la cubrió rápidamente con una manta mientras él con toda lentitud volvía a instalarse en el pescante y emprendía el regreso... Al salir, dijo adiós a un guardián que vigilaba y que le dejó pasar, creyendo que nada anormal sucedía.

Pero ya en el camino, en vez de volver al pabellón de los hombres, azuzó al caballo y el carro comenzó a marchar velozmente carretera abajo hacia la senda de la libertad.

Entretanto, Flora se lamentaba del incidente sufrido con los huevos y la encargada la increpaba con furia:

—¡Esto lo pagará usted con muchas lágrimas, desgraciada!

Pero a Flora no le importaba el castigo, porque sabía que Herminia había conseguido huir.

* * *

El jefe de los carceleros llevaba un cuarto de hora encerrado en el calabozo y dando terribles alaridos. Por fin fué oído por un guardia, quien corrió a libertarle.

—Ese miserable Roberto se ha escapado—rugió Bern—; pero no habrá tenido tiempo de ir muy lejos. ¡Vamos en su busca!

Salieron al patio... Otros guardias acababan de encontrar al recluso que Roberto había derribado del carro.

—¡Ha huído... ha huído con el carro de las provisiones!—dijo el libertado.

—¡El criminal! ¡El infame!—clamaba Bern—. ¡Pronto... traed los perros de presa!...

Y todo el Reformatorio trepidó bajo un alarido de alarma... ¡Se había escapado un recluso!... ¡Iba a empezar la caza del hombre!

También en la sección femenina descubrieron la desaparición de Herminia. No

había duda de que se habían escapado los dos juntos.

En automóvil partió la expedición, mandada por Bern y acompañada de una jauría de sabuesos de fino instinto.

Herminia y Roberto, en el carro, marchaban rápidamente y, de pronto, escucharon el eco lejano de las sirenas y las campanas de alarma.

—¡Ya se han dado cuenta! ¡Vienen siguiéndonos!

Corrieron más, más; pero como oyesen ya la trepidación de los automóviles cercanos se consideraron perdidos y bajaron del carro azuzando al animal para que prosiguiera su ruta.

—¡Escondámonos bajo este puente! —dijo Roberto.

Se ocultaron y pocos minutos más tarde vieron cruzar rápidamente los automóviles que seguían la pista del carro ya sin gobierno.

—¡Vamos a atravesar el río!—dijo Roberto—. ¡Así los perros perderán nuestra pista!

Y descalzándose, cruzaron el río y después de desorientar a sus perseguidores y

tras largas horas de penosa marcha, llegaron a un silencioso paraje donde había una barraca abandonada y un carro lleno de heno.

Estaban rendidos, aniquilados por el cansancio... Reposaron sobre la suave blandicie del heno... La noche había cerrado ya...

Los dos jóvenes tenían miedo y se miraban bajo la luz palpitante y amorosa de las estrellas.

No se acordaban ya de que habían pertenecido a bandos contrarios, de que se habían odiado terriblemente; ahora no eran más que dos seres humanos unidos por la desgracia y acaso por el amor, vencedor de las ideas.

Ella, medio somnolienta, tuvo aún valor para decir, con el profundo agradecimiento que le inspiraba su amigo:

—Tantas veces he querido odiarte, Roberto... tantas veces...

—Y yo he deseado... tantas veces no quererte...

—Y sin embargo...

No se atrevieron a decir más... Tenían miedo... Ella se durmió dulcemente, mientras Roberto se improvisaba un lecho de

heno bajo el carro y se disponía a descansar.

Minutos después todo reposaba; sólo sus almas en sueños se juraban ser una para otra.



—*Tantas veces he querido odiarte...*

Entretanto, los carceleros habían encontrado abandonado el carro de las provisiones. Prosiguieron su espionaje dispuestos a

no cejar hasta hallar el rastro de los fugitivos.

—Han debido escapar por el río—dijo Bern—. Seguiremos por la orilla y ya encontraremos el sitio por donde han salido...

Y llegó el nuevo día, el dulce amanecer... Los carceleros continuaban sus investigaciones siguiendo a los perros que con instinto certero se iban acercando al lugar donde estaban Herminia y Roberto.

Herminia se había levantado temprano, mucho antes de que despertara su amigo. Fué a tomar un baño en el cercano río... Luego encaramóse a un árbol, gozando del dulce espectáculo de la primavera que encendía los campos en floración.

Roberto se levantó y los dos amigos se desayunaron frugalmente con unas provisiones que habían reservado del carro.

Roberto miró a aquella compañera a la que él había arrancado del cautiverio y le dijo acariciándola con dulzura, y sin poder contener los sentimientos de su alma:

—¡Te amo, Herminia!... Vivamos hoy... ¿Quién sabe lo que será de nosotros mañana?

—Yo estoy segura de un mañana dichoso, Roberto... Yo también te amo.

Lo olvidaron todo, la separación, el abismo de ideas, las luchas anteriores. El amor, señor de la tierra, rendía sus juventudes.



... gozando del dulce espectáculo de la primavera...

Sus labios se unieron en un largo beso de pasión que suspendieron de repente al escuchar el siniestro alarido de los perros.

Ya estaban allí, ya les iban a dar alcance... Horrorizados se levantaron y vieron

aparecer por el lejano camino a los carceleros... Iban a huir por el otro lado, mas también apareció por allí otra parte de la expedición.

Estaban perdidos... Su única esperanza era la casita abandonada, y allá se ocultaron después de cerrar la puerta.

Los perros comenzaron a ladrar empuñándose sobre sus patas traseras y queriendo entrar en aquel barracón.

—¡Aquí están escondidos!—rugió Bern.

Herminia se ocultó entre un gran montón de heno, y Roberto, para defender a su compañera, abrió la puerta, dispuesto a entregarse a sus perseguidores.

—¡Miserable!—le gritó Bern, entrando con él y los guardias en la barraca—. ¡Mucho me ha costado cogerte, pero te juro que no repetirás la aventura de tu fuga! ¿Y dónde está la muchacha?

—Nada sé... ¡Yo he huído solo!

—¡Mientes, cobarde! Necesito encontrarlos a los dos.

Cogió una horquilla que estaba en un rincón y con sus enormes púas comenzó a pinchar entre el heno... Por fortuna no tocó

a Herminia que temblaba en el fondo del oloroso escondite.

También Roberto sufría profundamente, temiendo ocurriera algún daño a la muchacha. Viendo su palidez y su temblor, Bern sonrió, comprendiendo que la joven debía estar escondida allí.

—Ya que ese mozo no quiere decirnos dónde está su compañera, arrímale a la pared y verás lo que hago yo con él—dijo Bern a un carcelero.

Sacó el revólver y disparó un tiro al aire.

Herminia, creyendo que el disparo había sido hecho contra Roberto, no pudo contener por más tiempo su angustia, y salió de su escondite.

Los dos enamorados se abrazaron llorando mientras Bern lanzaba una carcajada triunfal.

—¡Al fin.. al fin!... Tú, mala pieza, también pagarás como Roberto... Ea, ¡en marcha!

Y ordenando que los dos fuesen esposados, prosiguieron todos su regreso al Reformatorio.

Herminia y Roberto se miraban en si-

lencio, con el horror del vencimiento. ¡Pobre Libertad! ¡Cuán lejana volvía a estar!

* * *

De nuevo Roberto fué encerrado en su prisión. Pero esta vez, esposado, sin poder moverse del camastro.

Herminia en la prisión de mujeres fué encerrada en otro calabozo. El refinamiento de la encargada inventó para ella el suplicio de hacerla estar de pie, con el brazo levantado y esposado a un alto barrote de hierro.

Bern, aquella noche, fué a ver personalmente el calabozo de Herminia y mostró su satisfacción por aquel trato.

Al salir, Bern tropezóse con un gato negro al que pegó un formidable puntapié.

—¡Los gatos negros son mi pesadilla, señora Micaela! — dijo a la encargada—. ¡Siempre que veo alguno, me sucede algo malo!

En la escalera volvió a encontrarse con el minino al que lanzó, furioso, a gran distancia.

El animal, desorientado, vino en su huída a tropezar con un quinqué de petróleo que derribó al suelo.

Y minutos después, sin que nadie se enterara, el petróleo había prendido en varias puertas y el fuego se propagaba con increíble rapidez.

Cuando algo más tarde se dieron cuenta de que las llamas salían por las ventanas, la alarma entre las reclusas fué general.

Las reclusas se levantaron de la cama al inusitado toque de campana.

—¡Un incendio!... ¡Coged los extintores! —decía la encargada.

Las mujeres se vistieron rápidamente, mientras gran parte del edificio comenzaba a ser pasto del fuego... Algunas cogieron los extintores para ir a sofocar el incendio, pero otras reclusas se lo impidieron lanzando grandes gritos de júbilo:

—¡Dejad los extintores! ¡Que arda todo! ¡Es nuestra ocasión de escapar!

—¡Locas... locas... ayuda a apagar el fuego! — gritaba, desconsolada, la encargada.

—No. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Esta es la hora de la libertad!

Como el fuego se había iniciado cerca de la prisión, las llamas llegaban ya a las puertas del calabozo donde asustada y sin

poder moverse estaba la pobre Herminia.

Aterrorizada ante el peligro inminente, ante el silencio que reinaba en su torno sin que respondiera nadie a sus demandas de socorro, gimió:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—poniendo por vez primera sus ojos en las alturas—. Estaba ciega... ahora creo en Ti. ¡Sálvame, Dios mío!

Bern y sus hombres daban órdenes para evitar que se propagase el incendio.

—¡Que se cierren todas las puertas!—había ordenado el jefe a sus carceleros—. ¡Y los muchachos, que no se muevan del patio!

Los reclusos desde el patio contemplaban las terribles llamas que devoraban el cercano pabellón femenino y que amenazaban con propagarse a los pabellones de los hombres. En las almas de muchos presos flotaba el anhelo de la próxima posibilidad de fuga.

De pronto, Flora se acordó de que su amiga Herminia estaba presa en el calabozo sin que nadie hubiera ido a prestarle ayuda.

Despreciando todo peligro, entre llamas,

corrió hacia la prisión, llegando hasta cerca del calabozo donde por la mirilla abierta vió el rostro espantado de Herminia.

—¡Herminia! ¡Herminia! ¡Te han olvidado!—decía.



—¡Sálvame, Dios mío!

—No te ocupes de mí, Flora. ¡Sálvate tú!

—¿Te figuras que tengo tan negra la sangre? Ahora voy por las llaves... ¡y volveré con ellas!

Corrió de nuevo a reunirse con sus compañeras y dijo a la encargada:

—Deme las llaves. ¡Herminia está sola en el calabozo y va a morir!

—¡Tome... tome!

Le entregó las llaves, pero entonces una avalancha de mujeres se arrojó contra Flora.

—Danos las llaves, Flora... Así podremos escapar...

—No... no... He de salvar a Herminia.

—¡Vengan las llaves!

Brutalmente le quitaron el manajo y lanzando gritos trágicos salieron al exterior, hacia el patio, y allí, derribando la puerta, consiguieron escapar.

Mientras tanto, en el patio contiguo, Bern y sus hombres contenían a los presos.

Como el incendio amenazaba ya propagarse a los calabozos de los hombres, Roberto fué libertado de la prisión, yendo a reunirse en el patio con los demás camaradas.

De pronto, una mujer corrió hacia él, en actitud desesperada. Era Flora...

—Herminia se morirá si usted no la salva... Trepe por la fachada a la galería de

las celdas... Está en el primer calabozo...

—¡Herminia!... ¡Mi pobre Herminia!

Y como un loco se encaramó por el edificio yendo hacia el lugar indicado.

Las llamas seguían lamiendo el calabozo de Herminia. Esta sufría el trágico silencio de una muerte lenta.

—¡Dame valor, Señor!—decía con lágrimas en los ojos—. ¡No dejes que me domine el miedo!

Tras inauditos esfuerzos, Roberto consiguió llegar al piso donde estaban los calabozos... En uno de los corredores encontró a Bern que con unos guardias daba disposiciones para aislar en lo posible el incendio.

Roberto cogió al jefe de los carceleros por la solapa y le gritó:

—¡Hay que salvar a Herminia ahora mismo!... ¡Está en el calabozo!... ¡Abra usted!

El brutal carcelero cogió las llaves y avanzó hacia la prisión... Pero como el fuego fuese demasiado violento, no quiso proseguir el camino.

—No quiero morir... —dijo retrocediendo.

—¡Cobarde!... ¿Será usted capaz de dejar que se quemé viva esa muchacha?

Estaban cerca de la prisión y el fuego ardía como un infierno... Por la mirilla del calabozo aparecía el rostro de Herminia pidiendo piedad.

—¡Deme las llaves!

—¡No, no!

Roberto se lanzó contra él queriendo arrebátarselas, pero Bern le rechazó derribándole en tierra.

El miserable iba a huir dejando abandonada a merced del fuego devorador a la pobre Herminia.

Roberto, caído en tierra, lanzó un grito de odio:

—¡Dios mío... Dios mío... no le dejes que abandone a Herminia!—gimió.

Bern atravesó la puerta del corredor que estaba electrificada. Pero en el instante en que ponía las manos sobre los barrotes, cayó del techo un pedazo de hierro candente, y establecióse una corriente eléctrica por toda la puerta... Bern lanzó un grito de terror, de dolor inmenso y se retorció bajo la quemadura de los chispazos...

¡Castigo de Dios!

—So-co-rro.. me... mu-eero—sollozó.

La puerta seguía echando chispas, y el cuerpo del bárbaro se retorció como bajo un baile epiléptico.

Roberto se levantó y llevado de un inmenso sentimiento de generosidad, fué a coger a aquel hombre, pero la voz de Herminia le detuvo:

—¡No lo toques, Roberto!... Te morirías.

—Allí... la palanca... Me muero...—repetía el criminal.

Roberto avanzó hacia un contador y cerró la corriente... Bern cayó al suelo pesadamente con el cuerpo consumido por la descarga.

Entonces Roberto le arrebató las llaves y corrió a abrir el calabozo de Herminia.

Los dos se dispusieron a salir entre una lluvia de fuego... Aparecieron Flora y Jacobito que, en aras del afecto, iban a buscar también a sus amigos.

Se encaminaron, respirando humo, hacia la puerta... La voz de Bern, caído en tierra y retorciéndose a causa de la exhalación, les contuvo:

—¡Muchachos... salvadme... no me abandonéis!—gemía.

—¡Muere, perro!—rugió Roberto.

—No lo juzgues... Roberto... Sálvale—suplicó Herminia.

Y el muchacho olvidó sus rencores, y con la ayuda de sus compañeros, cogió al carcelero y lo sacó de aquel antro de horror, depositándolo en el patio.

Entretanto habían llegado las bombas y comenzaba la lucha contra el fuego.

Bern, caído en tierra y rodeado de sus salvadores, dijo con voz agonizante:

—Que venga el inspector... aquí... Voy a morir...

Y cuando el inspector estuvo junto a él, le dijo, señalando a los cuatro jóvenes que olvidando lo que él les había hecho sufrir, acababan de arrancarlo de las llamas.

—Estos muchachos... arriesgaron la vida... para salvarme... Recomendando... su... libertad—gimió con voz agonizante, y teniendo por fin un gesto noble.

No dijo más, su cabeza se inclinó a un lado. Acababa de morir. Y los cuatro reclusos, llevados de un profundo sentimiento religioso, rezaron una oración a Dios para que se hubiera salvado aquella alma cruel.

La petición del moribundo fué cumplida. Días después, restablecido ya el orden y detenidos los demás reclusos, Flora, Herminia, Roberto y Jacobito eran puestos en libertad.

Marcharon en un coche... Jacobito y Flora parecían sentir nacer en su corazón la ilusión de un idilio, y en cuanto a Herminia y Roberto iban a vivir ahora bajo el dulce yugo del amor...

—¡Adiós, Reformatorio maldito! ¡Cómo te odio!—gritó Roberto señalando las paredes del edificio.

—No, no le odies tanto, Roberto...—musitó Herminia con ternura—. Después de todo, esa prisión me ha enseñado a tener fe... me ha dejado ver la luz de Dios... ¡Bendita sea!

Y sus labios se unieron amorosos bajo la caricia del sol.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

ÉXITO:

Evangelina

por
Dolores del Río

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona



E. B.